

PUEBLA DE CASTRO, LA

La Puebla de Castro, al Sur de la Ribagorza, ocupa la cima de una colina, 640 m de altitud, en el montañoso terreno que separa los valles de los ríos Cinca y Ésera. A 13 km al norte de Barbastro y a otros 15 km al oeste de Benabarre, capital de la comarca, siendo el acceso más cómodo a la villa el que se realiza por la carretera que, poco antes de llegar a Graus, se desvía hacia la izquierda desde la misma orilla del embalse de Barasona.

Su origen viene reflejado en el propio topónimo: se trata de la población que surgió a corta distancia de la importante fortaleza de Castro, a su abrigo y bajo su protección, en una zona más apta para los cultivos que la enriscada posición del enclave militar del que dependía al menos desde el siglo XIII.

Situado a unos 2 km al Sur de La Puebla y a 725 m de altitud, es Castro el lugar que acapara todas las referencias en la documentación medieval conservada, pues desde antiguo fue una posición importante debido a sus excepcionales condiciones estratégicas. Castro se alza sobre una elevada formación rocosa que se asoma casi en vertical sobre el profundo tajo excavado por el Ésera en el denominado Congosto de Olvena, estrecho e impresionante paso que hacia el Sur, conduce al último tramo del río hasta su confluencia con el Cinca. Desde esta elevación se obtiene igualmente un amplio control visual sobre las tierras llanas que se extienden hacia el Norte, regadas por el mismo río Ésera, hasta las sierras prepirenaicas. Castro dominaba, en definitiva, uno de los principales pasos del territorio de la Ribagorza.

En sus inmediaciones se encuentran los restos de la importante ciudad romana de *Labitlosa*, de la que quedan menciones documentales desde el siglo VI, además de notables testimonios arqueológicos. En cuanto a Castro, las fuentes la mencionan desde el año 1089, seguramente muy poco después de su reconquista por Sancho Ramírez, cuando figura bajo la tenencia de Ramón Guillén. En esas fechas ya existía allí una iglesia, pues aparece citada en una legación testamentaria de este mismo personaje. Hasta mediados del siglo XIII permaneció vinculada a los monarcas aragoneses, dada su relevancia militar. En 1262, Jaime I creó la baronía de Castro para su hijo natural Fernán Sánchez, integrando en ella, además de la plaza que le daba título, las localidades de Estadilla, Pomar, Olvena y Artasona. Fernán Sánchez de Castro se enemistó enconadamente con su hermano Pedro, primogénito del rey, hasta el punto de organizarse entre ambos una lucha abierta que terminó con la muerte del primero a manos del segundo, en 1275. Volvió la baronía a manos reales hasta que Alfonso III la devolvió al hijo de su primer titular, Felipe Fernández de Castro.

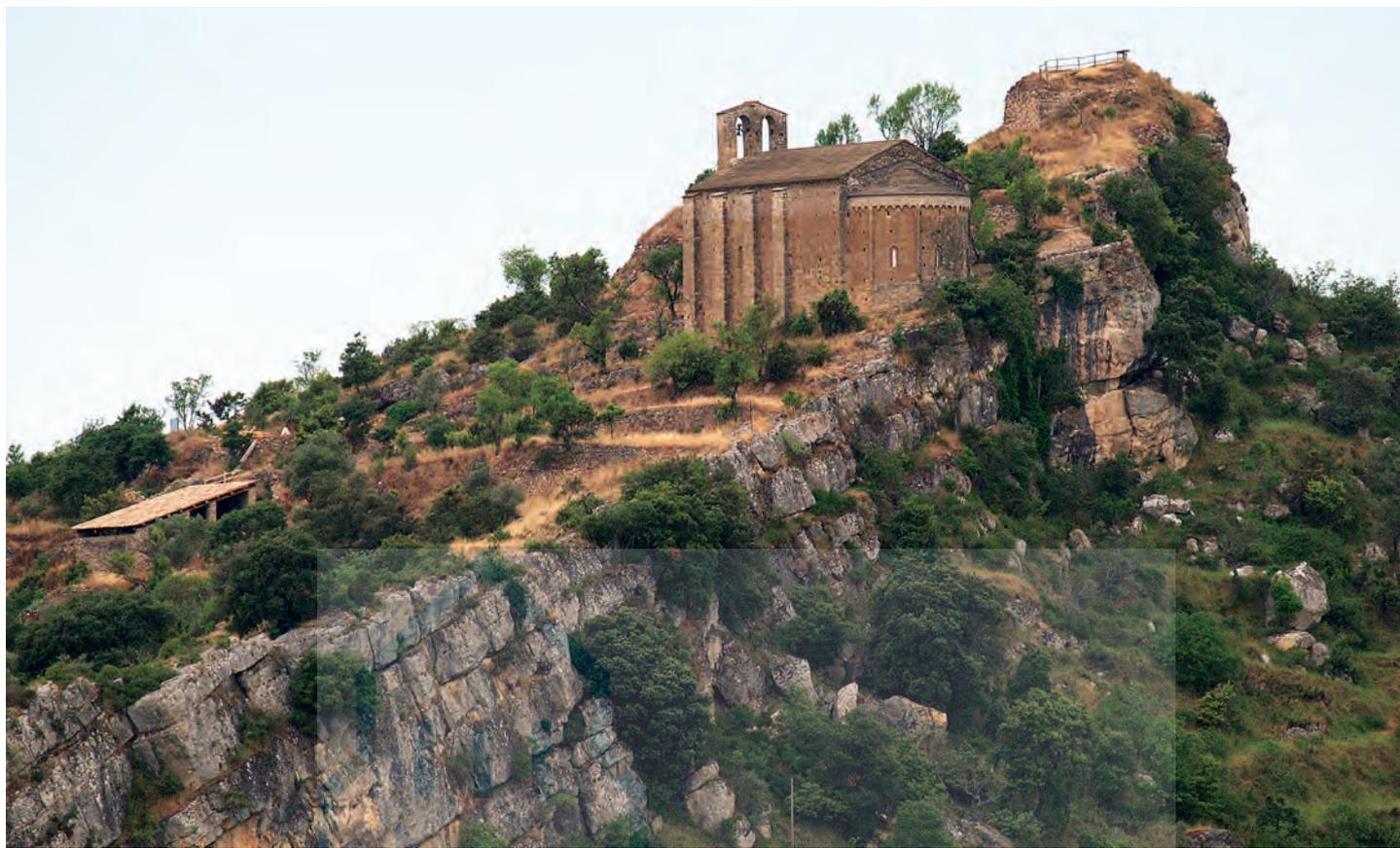
Se iniciaba así un linaje de los más destacados de Aragón, y desde luego de la Ribagorza, aunque el enclave fortificado de Castro fue perdiendo progresivamente importancia con el fluir de los siglos. A mediados del XIX todavía estaba poblado, pues Pascual Madoz lo cita, en su *Diccionario geográfico-histórico*, como "real casa de Castro, que hoy no conserva más que 3 casas, aunque parece haber sido de mucha consideración". Quedó deshabitado en 1920.

Iglesia de San Román de Castro

JUNTO AL EXTREMO SURESTE DE LA MURALLA, que delimitaba el recinto fortificado de Castro, la iglesia de San Román asoma su cabecera sobre el farallón de roca que vigila al Ésera. Desemboca en este punto el camino que llega desde La Puebla, por el que se puede ir en coche hasta pocos metros antes de alcanzar la cima.

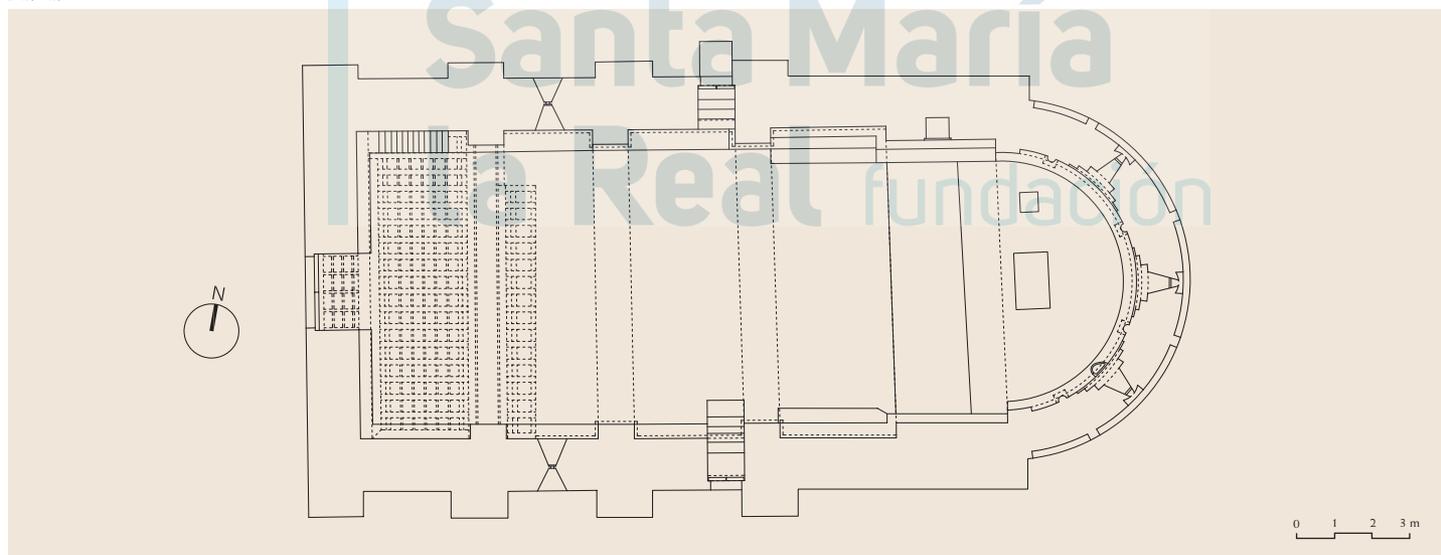
De 24 m de longitud por 9 m de anchura, es un templo de nave única con ábside de planta semicircular, fabricado

a base de sillares bien trabajados y escuadrados, aunque no siempre regulares; se observan hiladas de diferentes tamaños, en general mayores en la parte baja de los muros, e intercalando hacia arriba algunas hiladas de sillares grandes entre otras varias con piezas de menores dimensiones. Las juntas se refuerzan con lechadas de argamasa. En el exterior del muro norte más próximo al ábside se alternan rítmicamente hiladas a tizón con otras mixtas a sogá y tizón, formando un



Vista general del emplazamiento

Planta

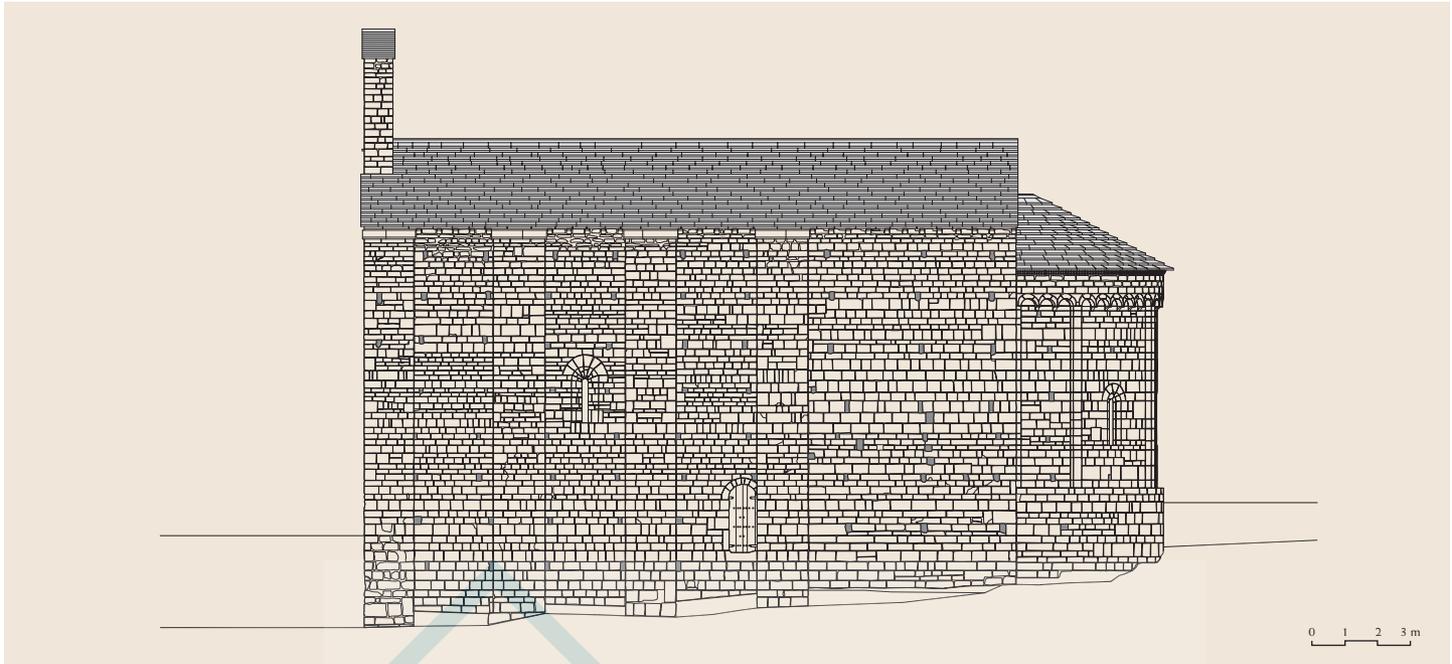
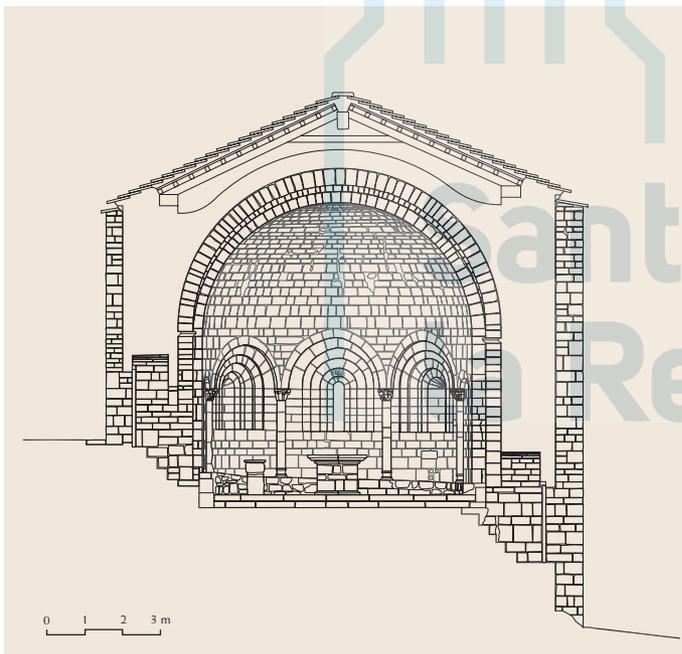
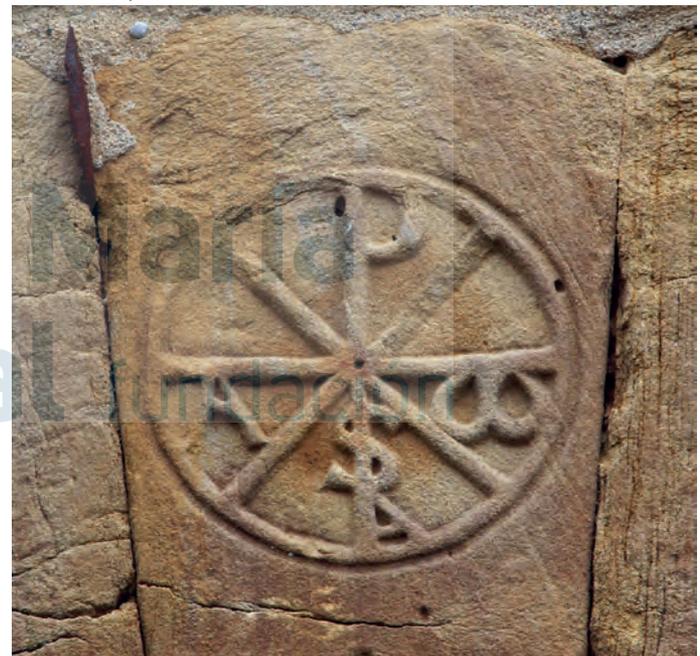


aparejo de aspecto arcaico, peculiar respecto al del resto del edificio.

En el muro de los pies se abre la portada, muy sencilla, en arco de medio punto adovelado que muestra, como única pieza tallada, un crismón de tipo arcaico en su clave. Sobre la puerta se dispuso una ventana en arco de medio punto aboci-

nado, de doble derrame, carente asimismo de molduraciones ni elementos decorativos. Y sobre la cumbre del hastial se levanta la espadaña, con dos vanos también de medio punto.

Los muros laterales están reforzados por cuatro recios contrafuertes, que interiormente se corresponden con las pilastras que sostienen los arcos fajones de la bóveda. Son

*Alzado sur**Sección transversal**Crismón de la portada*

especialmente llamativos los del muro sur, dada su mayor longitud, pues la iglesia se dispuso en un terreno con fuerte desnivel, lo que determina la notable desigualdad de altura entre sus dos muros laterales. De hecho, en el lado sur los contrafuertes, que alcanzan un gran desarrollo, no parecen reforzar solo la obra de sillería sino también la roca sobre la que ésta se asienta.

El templo cuenta con dos pequeñas puertas, aparte de la de los pies, abiertas una en cada muro lateral. De idénticas

proporciones y colocadas simétricamente, junto al primer contrafuerte de la nave, también afecta a su disposición el desnivel del terreno existente, pues esto determinó la diferente altura a la que están ubicadas. Finalmente, otros dos vanos horadan estos muros laterales, esta vez en mitad del lienzo mural entre los dos contrafuertes centrales: dos ventanas de medio punto abocinadas en doble derrame, lisas.

El ábside es la parte más destacada del exterior por su decoración en estilo lombardo. Bajo un sencillo alero reco-

rrido por una moldura en taqueado jaqués, se dispone una secuencia de arquillos de medio punto que apean en ménsulas de perfil cóncavo. Cuatro lesenas jalonan el cilindro absidal dividiendo su superficie en cinco paños, más amplios los tres centrales y de menores dimensiones los laterales, que enlazan con el cuerpo de la nave. En los centrales se abren tres ventanas de medio punto doblado, de forma que la luz de los vanos es poco mayor que la de una saetera. Las lesenas no recorren todo el muro del ábside, puesto que la base de éste la constituye un sólido zócalo de sillares, apenas perceptible en el lado norte y de mucho mayor desarrollo en el sur, debido a la ya comentada diferencia de nivel que ofrece el terreno.

El interior se ofrece como un espacio amplio, solemne por sus dimensiones pero muy sencillo y severo, con una escasa decoración destinada a enfatizar la zona del ábside. Aquí, los tres vanos que horadan el muro, con amplio derrame, se magnifican mediante cuatro arquivoltas lisas. La última de estas arquivoltas, en cada vano, se apoya sobre semicolumnas con basa y capitel tallados, prolongándose en otras dos arcuaciones laterales ciegas, más pequeñas tanto en luz como en altura, que rematan el cascarón absidal. Toda esta parte apoya sobre un breve basamento de sillares a modo de zócalo.

Los cuatro capiteles llevan decoración esculpida, a base de motivos vegetales los dos que miran hacia el lado del evangelio e historiados los correspondientes a la epístola. Su labra es muy sencilla, casi tosca, revelando cierto arcaísmo. Estructuran sus tres caras talladas bajo gruesas volutas que convergen en los ángulos formando una especie de "Y", de-

jando en la parte superior central un espacio que se decora con un medio botón y motivos incisos en espiral. En los dos capiteles vegetales el vástago de la Y aparece formando un entorchado. El más meridional de ellos estuvo decorado con hojas carnosas de abultado relieve, de las que solo quedan los arranques y una de las dos bolas que se dispusieron bajo la unión de las volutas. En el segundo capitel vegetal se tallaron cuatro palmetas con pequeñas ovas en su interior, que salen de un grueso tallo central. Este último motivo guarda semejanzas notables con el utilizado en uno de los capiteles de la capilla de San Bartolomé, en la iglesia de San Pedro el Viejo de la capital oscense.

Los dos capiteles historiados son más complejos. El más próximo al vano central muestra dos personajes en las esquinas de la cesta: uno de ellos mete sus manos en la boca de un león con dos cuerpos y una sola cabeza, mientras que el otro personaje, agachado, sujeta fuertemente la garra de otro animal que aparece incompleto. Los rasgos de los rostros son simples, apenas expresivos; los labios se trazan con una simple línea y los ojos con grandes círculos, mientras los cabellos se representan a base de mechones sogueados, pegados al cráneo.

El segundo capitel historiado posee una oscura iconografía: aparece una sucesión de personajes, siete en total, con diferentes vestimentas y actitudes, formando una escena de difícil interpretación. Los dos de la cara izquierda llevan largas vestimentas y sostienen, cada uno, un libro; uno de ellos agarra al otro de un brazo. Los dos siguientes visten una corta capa y muestran una actitud estática; tan solo uno de ellos sa-



Vista general de la iglesia



Capiteles del interior del ábside

ca brevemente una mano entre los pliegues de su ropaje. A su lado, otra figura que parece la de un clérigo se lleva una mano a la cara, quizá en gesto de dolor o preocupación, mientras extiende la otra sobre su barriga. Finalmente, en la segunda cara lateral, otros dos personajes cierran la serie, vestidos esta vez con calzas; uno parece tocar un cuerno u olifante (¿o quizás bebe de una botella?), mientras el otro se acerca a la boca un objeto cuadrado. En conjunto, estas figuras recuerdan en su simplicidad a las imágenes talladas en los capiteles de Santa María de Iguácel.

Antonio García Omedes ha señalado el hecho de que estos capiteles parecen reutilizados, ya que no se ajustan al lugar donde se hallan: no traban armónicamente con los sillares del muro, ni tampoco convienen a las arquivoltas que se apean sobre ellos, pues sobra más de la mitad de su superficie; además, carecen de cimacio. También ha planteado la posibilidad de ser una narración de alguno de los momentos de la consagración del templo.

La decoración del ábside se completa con tres cruces patadas, una en el abocinamiento del vano central y dos en los extremos laterales del cilindro ya junto al presbiterio, pintadas en color blanco sobre el muro y rodeadas de un círculo rojo, lobulado en blanco, que acaba en punta por la parte inferior. Parecen ser cruces de consagración.

El único elemento que decora la nave es una sencilla línea de imposta con ajedrezado jaqués que recorre ambos muros, aunque no el presbiterio, que se abre a la nave mediante arco triunfal. La arquitectura es austera, limpia, elegante en su sencillez. Sus dimensiones y su pureza de líneas nos hablan de una obra noble, quizá no grandiosa pero sí propia de un enclave destacado en un momento de la Historia.

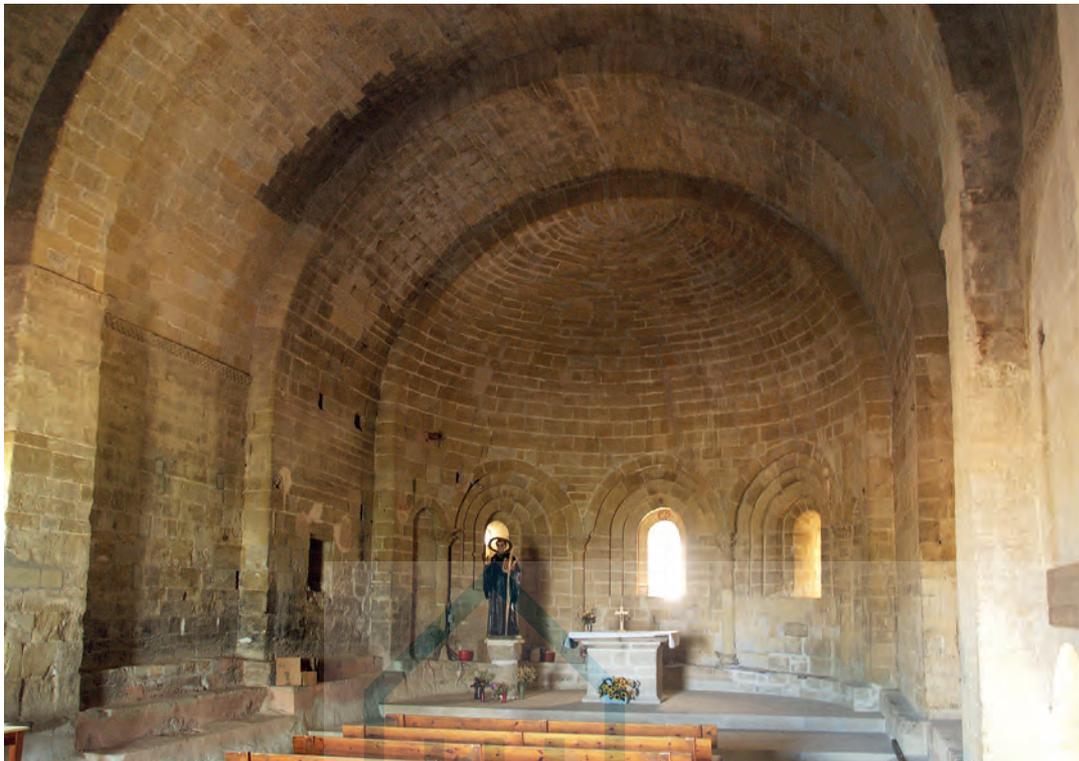
Cubierto el ábside con cuarto de esfera, tres arcos fajones de casi 1 m de anchura, apeados en pilastras, sujetan la bóveda de cañón de la gran nave. Las dos pequeñas puertas laterales, en arco de medio punto, que se abren simétricas en



el primer tramo comunicaron en su día la iglesia con el castillo, en alto y al Norte, y con el pueblo, en un nivel más bajo y hacia el Sur. Por eso la una se alcanza mediante escalones ascendentes, y descendentes la otra. Una última puerta se encuentra en esta iglesia, que comunica el coro en alto, a los pies, con el tejado. Se trata de una abertura adintelada practicada en el muro norte, que da a una tosca escalera intramural que deja a la vista el relleno y mortero de la fábrica.

En conjunto, la iglesia ha sido datada en la primera mitad del siglo XIII, aunque con un estilo retardatario que mantiene, a modo de epígono, los rasgos decorativos de la arquitectura lombarda, básicamente en el ábside. Posiblemente la primitiva iglesia castrense fue rehecha en un momento de esplendor, que podría corresponder con las fechas en que Jaime I convirtió este lugar en cabeza de una baronía para su hijo natural Fernán Sánchez, reaprovechándose en la nueva obra algunos elementos de la fábrica anterior, entre ellos desde luego el crismón de la portada occidental –fechable a principios del siglo XII– y probablemente los capiteles esculpidos de la cabecera, que estilísticamente corresponden a una etapa anterior. Quizás alguna parte de los muros, concretamente el del lado norte más próximo al ábside, se conservó también. La parte que con más claridad se advierte que está rehecha es la del hastial.

Una de las piezas reaprovechadas reviste especial interés, se trata de un sillar que contiene una inscripción funeraria, hoy en parte ilegible, que figura en un lateral del segundo contrafuerte del muro sur, junto a la puerta. Ricardo del Arco la transcribió así: OBIT ANDREAS DIACHON(US) CUI SIT REQUIES A... Añade este autor la transcripción hecha por el académico Saturnino López Novoa a mediados del siglo XIX, quien afirmaba haber podido leerla entera: OBIT ANDREAS DIACONUS CUI SIT REQUIET ANNO MILESIMO SEGUNDO [*sic*]. De ser correcta esta fecha, 1002, como año de la muerte del diácono Andreas, ello implicaría la existencia de un templo en este lugar ya en época mozárabe.



Interior del ábside

Cerca del muro de los pies, junto a la esquina del lado norte, se conserva una sencilla pila bautismal, de piedra labrada sin decorar, con forma de cuenco hemiesférico y pie simple, cubierta por una tapa de listones de madera. En opinión de Ricardo del Arco, la pieza corresponde al siglo XIII.

También en esta parte del edificio, a los pies, se halla una de las joyas artísticas del conjunto, si bien corresponde ya al siglo XIV o comienzos del siglo XV: se trata de un bellissimo coro alto de madera, de estilo mudéjar, pintado en vivos colores con representaciones heráldicas, vegetales, animales y de fantástica iconografía (aunque algunas de las piezas más singulares se han perdido en tiempos recientes). Los extremos de las vigas que sujetan la estructura van tallados en su extremo libre en forma de cabezas de guerrero, con expresiones grotescas o agresivas, y flanqueados por puntas de lanza que van perfiladas en la madera.

En la parroquial de La Puebla de Castro se conservan dos tablas de un antiguo retablo de esta iglesia, con la representación de San Pedro y San Pablo; una inscripción data de

forma precisa la obra: *Fo efecto lo present retaulo anno MCCCIII*. El actual retablo mayor de esta parroquia, dedicado a San Román, procede también de la iglesia de Castro; desmontado en 1936, durante la Guerra Civil, y trasladado a Ginebra (Suiza), fue vuelto a montar, incompleto y desordenado, en su emplazamiento actual. Es obra de finales del siglo XV y está atribuida al pintor Juan de Lovaina y, en parte, a otros autores de escuela aragonesa, relacionados con el estilo de Miguel Jiménez y Martín Bernat.

Texto: MSM - Fotos: AGO - Planos: PCB

Bibliografía

ARAMENDÍA, J. L., 2001b, pp. 20-31; GALTIER MARTÍ, F., 1981; GARCÍA OMEDES, A., www.romanicoaragones.com/LaPueblaDeCastro/SanRoman; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 2, pp. 61-75; MADDOZ, P., 1845-1850 (1997), pp. 295-296; UBIETO ARTETA, A., 1981, I, p. 395.

La fortaleza de Castro

DEL IMPORTANTE COMPLEJO MILITAR DE CASTRO quedan hoy escasos pero imponentes vestigios, básicamente la parte de la muralla que protegía el recinto por el Sur, con el arranque de dos grandes torreones y dos cubos

intermedios de menores dimensiones, todos de planta rectangular, la base de la torre mayor y un aljibe.

La muralla, de unos 55 m de longitud en total, está dividida en dos tramos por un torreón saliente, central, y rema-

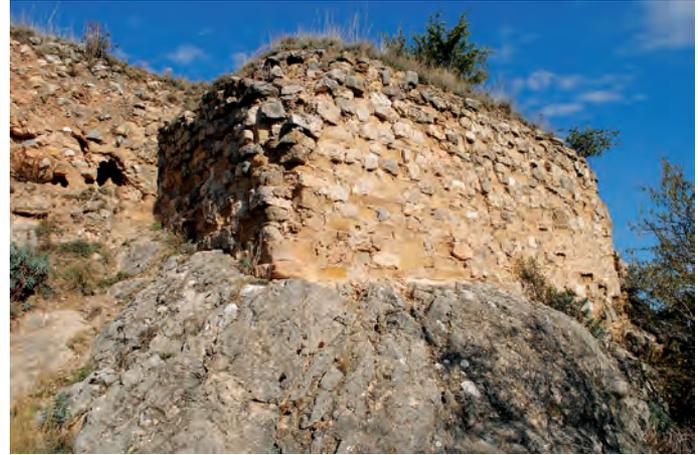


Restos de la fortaleza

tada en las esquinas este y oeste por dos torres angulares, de las que la oriental es la de mayores dimensiones (unos 6,40 m por 5 m). Entre los torreones central y oriental se aprecia un cubo intermedio más pequeño. Todos ellos son de perfil ataludado y están contruidos con un aparejo de bloques de piedra irregulares, unidos con un encofrado de mortero de cal que dejaba en las caras vistas, piedras más homogéneas y dispuestas con regularidad. También está así contruida la torre mayor del recinto, con orientación Norte-Sur y unas dimensiones de 11 m por 7 m. Parte de ella no resulta visible por estar rodeada de escombros, tierra y maleza. Bordeando la muralla y sus torreones hubo un foso excavado en la roca, con perfil en V y unos 4 m de anchura, hoy prácticamente colmatado de tierra.

Próximo a la torre, aunque a un nivel más bajo, se encuentra el aljibe, de 5 m por 3 m y parcialmente excavado en la roca. Está contruido con muros de sillarejo rellenos de cascotes y mortero de cal, lo que invita a atribuirle una fecha posterior al resto del conjunto, y aparece por su interior impermeabilizado con una capa de mortero y almagre. Ha perdido la bóveda.

Dada la importancia estratégica del lugar y la existencia en los alrededores de vestigios arqueológicos muy relevantes (la ya mencionada ciudad romana de *Labitlosa*), cabe suponer que la ubicación en este punto de un enclave defensivo se remonta a la Antigüedad. Sin embargo, los restos arquitectó-



nicos actuales se adscriben a la época del reinado de Sancho Ramírez, quien conquistó las fortalezas cercanas a Graus poco antes de tomar esta plaza, en 1083. Ello sin perjuicio de que la disposición general del conjunto y tal vez algunos de sus elementos (lo que solo se podrá confirmar con una deseable prospección arqueológica) siguieran los planteamientos de una posible construcción anterior de época musulmana, dadas las semejanzas que muestra esta fortificación con las características de la edificación militar islámica.

Del hecho de que todos los restos conservados presenten una altura homogénea cabe deducir que la ruina del conjunto no se debió al simple paso del tiempo, sino que fue producto de una destrucción intencionada, quizás ordenada tras las denominadas "alteraciones de Aragón" a finales del siglo XVI, pues hay constancia de que en la Baja Edad Media la fortaleza seguía aún en activo.

Texto y fotos: MSM

Bibliografía

ARAMENDIA, J. L., 2001b, pp. 20-31; ASENSIO ESTEBAN, J. Á., 2006, pp. 97-116; CABAÑERO SUBIZA, B., 1998, pp. 41-51; GARCÍA OMEDES, A., www.romanicoaragones.com/LaPueblaDeCastro/SanRoman; GUITART APARICIO, C., 1976, I, pp. 145-146; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 2, pp. 61-75; UBIETO ARTETA, A., 1981, I, p. 395.

Ermita de San Martín de Lumbierre

FRONTE A LA IGLESIA DE SAN ROMÁN DE CASTRO, pero al otro lado del congosto de Olvena, sobre una cresta rocosa se alzan los restos de la vieja ermita de San Martín de Lumbierri o Lumbierre. También románica, pudo estar vinculada a Castro como refuerzo de la posición de vigilancia que este enclave ofrecía sobre la salida del congosto y las tierras

que se extienden hacia Graus. El acceso es muy difícil, pues a partir de un punto deja de haber camino. La ruta que conduce hasta la ermita parte de la carretera de Barbastro a Benabarre, nada más pasar la presa de Barasona.

Es un edificio de nave única con ábside de planta semi-circular, de pequeñas dimensiones. No sigue la orientación



Vista general del emplazamiento



Vista desde el lado norte

canónica, condicionado por el escabroso y escaso terreno donde se asienta, que obligó a disponer la cabecera mirando al Sureste. La ermita, construida a base de grandes sillares, bien trabajados y dispuestos en hiladas regulares, ha perdido las bóvedas, incluido el cascarón absidal, y buena parte del muro de la epístola. Tiene aspecto recio, compacto, conveniente a un templo castrense, sin concesión de ningún tipo a la ornamentación. Cuenta con una única ventana, abierta y rehundida en el centro del ábside, con vano en aspillera y arco de medio punto formado por un único sillar. También son de medio punto, muy sencillas, las dos puertas que posee, una en el hastial y otra en el muro del evangelio, esta última adintelada al exterior.

El elemento más destacable del edificio, por su singularidad, es la espadaña, elevada sobre el muro del evangelio, con una gran abertura en medio punto para albergar las campanas (que debieron de ser dos, sostenidas por un madero transversal que apoyaría en un vástago central de piedra que todavía se conserva). Es un elemento constructivo bastante peculiar para una iglesia románica, tanto por su morfología como por

su ubicación, pero no se trata de un añadido posterior. Justo en la base de la espadaña puede verse aún el arranque del único arco fajón que tuvo la bóveda de la nave, que se apoyaba, sobre imposta, en una pilastra.

Las referencias a la existencia de una posición militar en Lumbierre datan ya de 1081, cuando el rey Sancho Ramírez la cita al donar a Gombal Eximenis el *castro quod vocitant Lomberres*, tomado poco antes de la conquista de Graus. En 1150 se fecha una mención a un personaje que era *sacerdos in Lomberres*, de lo que se deduce que ya existía allí una iglesia. Sin embargo, la fábrica del templo que hoy subsiste corresponde a un momento más tardío y se data a finales del siglo XII.

Texto: MSM - Fotos: AGO

Bibliografía

ARAMENDÍA, J. L., 2001b, pp. 30-31; GARCÍA OMEDES, A., www.romanicoaragones/LaPueblaDeCastro/Lumbier; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 3, p. 41.